

Juliano había sido proclamado augusto por el ejército de las Galias. Era sobrino de Constantino, y había sido perdonado por su corta edad en la matanza que siguió á la muerte de aquel príncipe: cuidó Constantino de su educación, y le dió maestros cristianos que le instruyeron en todas las ciencias, pero principalmente en el cumplimiento de la religion. Siguió algun tiempo las escuelas públicas, bajo la dirección de un eunuco de Escitia, llamado Mardonio, y despues fué enviado con su hermano Galo á un palacio real de la Capadocia, donde continuó sus estudios. Uno y otro emprendieron la carrera eclesiástica en calidad de lectores, cuyas funciones ejercieron. Cuando á Galo le hicieron despues César, volvió Juliano á Constantinopla, donde estudió la retórica con el sofista Ecébole, que profesaba el cristianismo. A poco tiempo pasó á Nicomedia y á otras ciudades del Asia menor, para contraer relaciones con algunos sofistas paganos, que pasaban por hábiles en los secretos de la magia. En Pérgamo quiso ver al filósofo Edesio, discípulo de Jámblico, é infatuado como él en todos los delirios de los neoplatónicos. Despues se unió con Crisanto y con Máximo, de Efeso, discípulos ambos del mismo Edesio; y aunque no se atrevia aún á ostentar su apostasia, comenzó desde entonces á alentar las esperanzas y los deseos de los paganos. Máximo, aprovechándose del entusiasmo de Juliano por la adivinación, tuvo cuidado de prometerle el imperio para halagar su ambición, al mismo tiempo que halagaba su loca curiosidad, iniciándole en los supuestos secretos de su arte. A la muerte de Galo, fué preso Juliano de orden de Constantio; pero recobró la libertad al cabo de algunos meses, y pasó á las escuelas de Atenas, donde hizo conocimiento con San Basilio y San Gregorio Nazianeco. No tardó en ser llamado para que marchara á las Galias con el título de César, hácia fines del año 355. Las ventajas que alcanzó contra los bárbaros, le conciliaron la estimación y el aprecio de los soldados, y su ejército le proclamó augusto el año 360. Constantio, despues de algunas negociaciones inútiles, se puso en marcha para combatirle; pero cayó enfermo en Cilicia, y reducido al último trance en pocos dias, recibió el bautismo de mano de Euzayo, y murió así en la heregía el 3 de Noviembre del año 361, á la edad de cuarenta y cinco. Juliano por su parte se había adelantado á la Pannonia, donde se detuvo algun tiempo para reunir sus fuerzas; y entonces fué cuando renunció abiertamente el cristianismo. Ocupado estaba en consultar á los arúspices; y no sin alguna inquietud, cuando fueron á anunciarle la muerte de Constantio. Inmediatamente aclaró su marcha á Constantinopla, donde fué reconocida su autoridad de todo el Oriente.

LIBRO IX.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE JULIANO AL IMPERIO HASTA EL
REINADO DE TEODOSIO.

DE 361 A 379.

DUENO Juliano del imperio, se abandonó á los caprichos de su genio extravagante, y afectando seguir en el trono el método de vida de un filósofo, mostró en su gobierno mas bien las rarezas y pequeñeces de un sofista, que las miras sábias de un príncipe ilustrado. Primeramente hizo algunas reformas en el palacio imperial, de donde echó á una porcion de eunuocos, maestresalas, barberos, perfumadores y otros empleados análogos, introducidos por la molición asiática y mantenidos con un lujo exorbitante. Estableció un tribunal en Calcedonia para examinar la conducta de los que habían dirigido los negocios en tiempo de Constantio, y se usó con ellos de una severidad que pareció á veces extremada á los mismos aduladores de Juliano. Los dos cónsules Taturo y Florencio fueron encasados, y desterrado á Vercelli el primero, que había debido el consulado únicamente á sus violencias contra el concilio de Rimini. Eusebio, prefecto de la cámara imperial, aquel eunuco apasionado que tanto abusara de su poder para sostener á los arrianos, fué sentenciado á muerte, como tambien Ursulo, conde de las dádivas, que no había contribuido poco al engrandecimiento de Juliano; lo que hizo tan odioso su castigo, que se vió este príncipe obligado á desaprobarle. Una multitud de cristianos fueron envueltos en estas pesquisas con diversos pretextos; pero principalmente por haberse enriquecido con los despojos de los ídolos.

Despues de estas medidas dictadas en gran parte por la vanidad, Juliano, sustituyendo un abuso á otro, llenó el palacio de sofistas, de mágicos, de adivinos y de charlatanes de todas clases. Rodeábante con especialidad los filósofos de la escuela neoplatónica, á quienes distribuyó gobiernos ó cargos á la inmediación de su persona, y en los que depositó toda su confianza siguiendo todas sus inspiraciones. Apresuróse á llamar á la corte á Máximo y Crisanto, dos de los principales gefes de dicha escuela, bien conocidos uno y otro por su apego fanático á todas las prácticas supersticiosas de la magia. El último no tuvo por conveniente acudir al llamamiento de Juliano, el cual por lo tanto le nombró supremo Pontífice de Lidia. Pero la ambición de Máximo no pudo resistir al atractivo seductor del poder y de los honores, y ganándose la intimidad del emperador, y convertido en su confidente y consejero, le estrechó en tales términos y llegó á dominar tanto su ánimo, que parecia ser el

único que gobernaba el imperio: á su influencia deben atribuirse parte de las medidas odiosas ó ridículas que habremos de notar en el reinado de Juliano (1).

Este príncipe educado en la religion cristiana, habia mostrado casi desde la niñez una especie de inclinacion irreflexiva á las supersticiones del paganismo; y los ejemplos, las lecciones y las astutas lisonjas de los sofistas con quienes tuvo frecuente trato durante sus estudios en la Grecia y en el Asia, mantuvieron y fortalecieron aquella disposicion, tal vez nacida de su aversion á Constancio. La política acabó de determinarle; y al tiempo de marchar contra este emperador, quiso, declarándose en favor de la idolatría, asegurar el apoyo del partido pagano, poderoso aún por su influencia y riquezas, sobre todo en Occidente, porque una gran parte del senado y de la aristocracia romana se obstinaba en desechar el cristianismo como una innovacion peligrosa, y miraba la salvacion del imperio como inherente á la conservacion de las antiguas ceremonias y al culto de los dioses de Roma. Mucho tiempo hacia que este partido habia puesto los ojos en Juliano, y le habia saludado anticipadamente como al restaurador de los templos. Queriendo el emperador llenar las esperanzas que habia infundido, no perdonó medio para reanimar el paganismo moribundo. Pero por la pequeñez y la extravagancia de los medios que usó, por su apego pueril á supersticiones ridículas que parte de los paganos despreciaban tambien, en fin, por su infatuacion en favor de las prácticas de la magia y de la exaltacion mística de los sofistas de Oriente, contribuyó mas bien á mostrar la decadencia y la vanidad de la idolatría, que á restituírle una influencia definitivamente perdida.

Comenzó por publicar unos edictos, mandando abrir y reparar los templos, devolverles los bienes confiscados, restaurar los ídolos anteriormente derribados, instituir Pontífices en los lugares donde no los habia, y por último, restablecer en todas partes los sacrificios y demas ceremonias del culto pagano. Escribió á los concejos de las ciudades, exhortándolos al culto de los dioses, prometiendo favorecer á los que se distinguieran por su celo, y manifestando de todos los modos posibles su indignacion hácia las poblaciones cristianas, porque en sus viages rehusaba entrar en ellas, y no recibia á sus diputadas, ni oia sus quejas. Para dar él mismo el ejemplo, hizo erigir un ídolo de la Fortuna en el palacio de Constantinopla, y sacrificó públicamente en honor de él, como si fuera el genio de la ciudad de donde Constantino habia desterrado la idolatría. Tal era su fervor supersticioso, que no se desdefaba de llenar con minuciosa exactitud hasta las funciones de los últimos sacrificadores y de los ministros subalternos. Conducia la leña á los altares, encendia ó conservaba el fuego, degollaba las víctimas, y metia las manos en

(1) Amm. Marcel. lib. XXII.—Eunap. *Vit. Max.*

sus entrañas: sacrificaba por el suceso mas leve, y á veces hasta cien bueyes en un solo dia: finalmente, se le vela rodeado de augures, de hierofantas y de adivinos, y así pasaba dias y noches enteras en consultar á los dioses. Honraba con particular acatamiento á las divindades egipcias Serapis, Isis y Anubis, y al dios persa Mithra, cuyo culto místico en el mas alto grado agradaba sobremanera á su imaginacion entusiasta. Hizose instituir Pontífice de este dios, y en sus discursos se proclamó con ridícula exaltacion el asesor del rey sol. Ofrecíale diariamente víctimas por la mañana, y por la tarde le dirigia sus plegarias en una capilla que habia mandado construir cerca de su habitacion. Esta predileccion por las divinidades orientales provenia de su afición á las ideas de la escuela neoplatónica (1).

A pesar de su ardiente celo por el paganismo, Juliano aparentó al pronto una grandísima tolerancia, y quiso, al parecer, dejar á los cristianos en absoluta libertad para seguir su religion. "Por los dioses, escribia, no quiero que se quite la vida á los galileos, ni se los maltrate de ningun modo: he resuelto usar de dulzura y de humanidad para con todos los galileos, y no consentir que ninguno de ellos sea violentado en ninguna parte, arrastrado al templo, ó forzado con malos tratamientos á hacer algo contrario á su conciencia." —"Figurábame yo, dice en otra carta, que los gefes de los galileos confesarían que me tienen mas que agradecer que á mi predecesor. Muchos de ellos fueron desterrados, perseguidos y encarcelados de orden de aquel; yo al contrario, les he levantado el destierro, y restituídoles todos los bienes confiscados. No toleramos que se arastre á nadie á los altares; y hasta declaramos terminantemente que si alguno quiere de buen grado participar de nuestros sacrificios, debe antes purificarse con expiaciones para hacerse propicio á los dioses (2)." El mismo habia intentado borrar su bautismo por medio de taurobolos, lustraciones y otras ceremonias que el paganismo habia consagrado como prácticas de regeneracion.

Esta tolerancia de Juliano no era únicamente el efecto de la moderacion filosófica de que queria enracenarse. Si temia el nombre de tirano, y gustaba de hacer contrastar la dulzura de su gobierno con las medidas odiosas y vejatorias de Constancio, á fin de ganarse así el afecto de los pueblos; tenia tambien otros motivos para contemplar á los cristianos, porque era su número tan considerable, que no se podia embestir abiertamente con ellos sin introducir el desorden y la confusion en el imperio. Ademas les envidiaba la gloria del martirio, sabiendo por la experiencia pasada que no temian ni los tormentos, ni la muerte, y que cuanto mas crueles eran

(1) Amm. Marcel. lib. XXII.—Soer. lib. III.—Sozom. lib. V.—Liban. *Orat. X. &c.*

(2) Julian. *Epist. VII. XLIII y LII.*

las persecuciones, mas contribuan á fortalecer el cristianismo (1). Por eso se le veia seguir casi siempre su sistema de afectada moderacion, cuando no encontraba un pretexto ageno de la religion para colorear ciertas medidas violentas. Un dia que estaba sacrificando al idolo de la Fortuna, se llegó á él Maris, obispo de Calcedonia, y le reprendió públicamente su apostasia: Juliano se contentó con responderle en tono burlon: "Bien se conoce que estás ciego; y el galileo á quien adoras, no te restituirá la vista."—"Doy gracias á Dios, replicó el obispo, de no ver á un apóstata que blasfema de él." Juliano hizo que no oia esta réplica.

Con todo, este príncipe declaró á la Iglesia una guerra mas peligrosa y funesta que una persecucion abierta. Se dedicó á fomentar las diversiones entre los cristianos, protegiendo todas las sectas para debilitar y menoscabar la religion con el efecto natural de las disputas sobre la fé. Por este motivo, tanto como para desacreditar las violencias del último reinado, llamó á los obispos desterrados; y habiendo hecho presentarse á algunos en su corte, les declaró que podian enseñar sus doctrinas con entera libertad. San Melecio, de Antioquia, San Eusebio, de Yercelli, Lucifer, de Caller y los otros obispos católicos volvieron á sus Iglesias, y se vieron en estado de combatir con ventaja la influencia de los arianos, que no contaban ya con el apoyo del poder temporal para sostener sus intrigas. Pero otras sectas casi extinguidas ó debilitadas considerablemente se aprovecharon de las disposiciones de Juliano para tratar de levantarse, porque su ahinco era no solo sostenerlas contra los católicos, sino tambien contra los demas hereges. Escribió al herejiarca Fotino alabándole porque negaba la divinidad de Jesucristo. Condenó al obispo de Cizico á reedificar en el término de dos meses la iglesia de los novacianos, que habia derribado bajo el reinado de Constancio. Mandó poner á los obispos donatistas en posesion de sus sillas; y sabiendo que los arianos habian maltratado á los valentinianos en Edesa, dispuso que se quitaran á los primeros los bienes que pertenecian á su iglesia, queriendo, segun decia, facilitarles la práctica de su ley, y hacerlos pobres, á fin de que adquiriendo la sabiduria, pudiesen con mas seguridad alcanzar el reino de los cielos." Así se burlaba de la doctrina del Evangelio, y añadia la irriton á las vejaciones mas odiosas (2).

No tardó en extender esta confiscacion á las otras iglesias, cuyos tesoros, muebles preciosos y vasos de oro ó de plata hacia arrebatar á la fuerza: despues impuso á los cristianos un tributo particular, siempre con el pretexto burlesco de hacerles practicar la pobreza evangelica; y porque les está recomendado que huyan de los honores, y sufran con paciencia las injurias, los declaró inhábiles para

(1) Liban. *Orat. X.*(2) Jul. *Epist. ad Ecebol.*—Sozom. lib. V.

obtener empleos; y si se ha de creer á Sozomeno, les prohibió toda accion ante los tribunales hasta para defenderse. Revocó todos los privilegios é inmunidades que Constantino y sus hijos habian decretado á favor de los clérigos: suprimió las distribuciones del trigo que se les concedia, así como á las doncellas y á las viudas inscritas en los registros de las iglesias; y hasta mandó la restitucion de lo pasado, que se recaudó con extremado rigor. Condenó á los cristianos á reedificar á sus expensas los templos que habian sido demolidos, y á restituir hasta las menores cosas que provenian del despojo de los idolos; y so pretexto de ejecutar esta orden, se les despojaba á veces de sus propios bienes, se encarcelaba á los obispos y sacerdotes, se los atormentaba cruelísimamente, y algunos eran condenados á muerte (1).

Al mismo tiempo que Juliano hostigaba á los cristianos con estas medidas vejatorias, empleaba todos los medios de seduccion, los halagos, las promesas, las recompensas, las sollicitaciones y hasta las mas bajas fisonjas para hacerlos apóstata. Así logró ganarse á muchísimos, principalmente oficiales y cortesanos, cuya mayor parte, sin otra ley que la voluntad del príncipe, ni mas Dios que la fortuna, se apresuraban á sacrificar á los idolos para conservar su empleo ó conseguir ascensos. Apuró todos sus esfuerzos para atraerse á San Basilio y á San Gregorio Nazianceno, cuyo mérito habia conocido en las aulas; pero estos despreciaron altamente las ofertas del apóstata, así como las amenazas que les hizo cuando supo su repulsa. San Gregorio exhortó tambien á su hermano Cesareo á dejar la corte, donde servia con el título de médico del emperador, que habia recibido de Constantino juntamente con la dignidad de senador. Juliano, que le estimaba por su mérito y por la consideracion de que gozaba, le conservó su título, y trató á poco de vencer su fé con artificiosas embestidas; pero Cesareo triunfó de esta prueba peligrosa, y protestó enérgicamente que era cristiano y lo seria siempre. Al fin para evitar el peligro y calmar la zozobra de sus parientes, tomó el partido de abandonar la corte con todas las ventajas de su puesto (2).

Buscando todos los medios de ridiculizar á los cristianos, Juliano afectaba por desprecio llamarlos galileos, y hasta llegó á mandar por una ley que se les diera este nombre. Tambien quiso prohibirles el estudio de las ciencias y de las letras profanas, vedándoles expresamente la lectura de los oradores, de los poetas y de los filósofos, y á sus hijos la asistencia á las escuelas en que se explicaban dichos autores, suponiendo que no se debía permitir mas que á los que seguan la religion de los griegos, aplicarse al estudio de su idioma y ciencias, y que los galileos debian contener

(1) Socr. lib. III.—Chyost. *Orat. XL.*—Greg. Naz. *Orat. III.*—Liban. *Epist. DCCXXX.*(2) Greg. Nazianz. *Orat. X, Epist. XVII.*

tarse con saber sus Evangelios y creer sin racionar. Luego revocó la prohibicion de asistir á las escuelas; pero cuidó de tomar medidas al mismo tiempo para que solo los paganos las regentasen. En efecto, publicó un decreto prohibiendo á los cristianos enseñar la gramática, la retórica, la filosofía, la medicina ó cualquier otra ciencia; y á fin de asegurar su ejecucion, ordenó que todos los profesores fueran examinados y elegidos por los ayuntamientos, y que su nombramiento llevase el beneplácito imperial. La razon que daba era que no es lícito proponer á la juventud como objeto de estudio, unos autores cuyas opiniones se condenan en los puntos mas importantes. Pero el verdadero motivo era la baja envidia de los sofistas paganos, que no podian tolerar que sus escuelas estuvieran tan desiertas, al paso que acudian oyentes en tropel á las de los cristianos; fuera de que Juliano esperaba así atraer á la juventud al culto de los ídolos, ó privar á lo menos á los cristianos de las ventajas que reportaban de los estudios profanos para impugnar el paganismo. Esta medida determinó á los Apolinarios á componer diferentes obras en prosa y en verso sobre asuntos religiosos, á imitacion de los autores paganos. Pero la ley de Juliano duró tan poco, que sus obras fueron inútiles y cayeron de allí á poco tiempo en el olvido (1).

La mayor parte de los profesores cristianos prefirieron abandonar la cátedra antes que su religion. Admiróse sobre todo la fé valerosa de Proereso y de Victorino. El primero era un célebre filósofo de Atenas, que no titubeó en dejar voluntariamente su escuela, aun cuando le exceptuó de la ley general Juliano su discípulo. Victorino, natural de Africa, profesaba hacia mucho tiempo la retórica en Roma, con un aplauso sin ejemplo. Habian sido discípulos suyos los senadores mas ilustres, y se le habia erigido una estatua en la plaza de Trajano. Habiendo vivido en la idolatría hasta la vejez, se habia convertido poco antes, sin que le detuviera el temor de ofender á los poderosos amigos que tenia entre la aristocracia romana, y mostró la misma firmeza cuando la ley de Juliano le forzó á optar entre el título de profesor y la calidad de cristiano. Entre los que tuvieron la cobardía de apostatar, se cita á Ecéboles, sofista de Constantinopla, menos famoso por su talento que por su vejeidad. En tiempo de Constancio parecia cristiano fervoroso: bajo el imperio de Juliano se hizo idólatra, y luego se mostró penitente hasta el entusiasmo.

No atreviéndose el emperador á prohibir abiertamente las reuniones de los cristianos, hizo todos los esfuerzos imaginables para impedirlos en cuanto vió afirmado su poder. Buscaba pretextos para echar de las ciudades á los obispos y sacerdotes; y cuando

(1) Sozom. lib. V.—Theod. lib. III.—Greg. Naz. Orat. III.—Amm. lib. XXV, Orat. X, Epist. XVII.

no hallaba otros, los acusaba de promover disturbios y de incitar á los pueblos á la sedicion. Expulsó á Eleusio de Cizico, por haber arruinado unos templos, construido algunos hospitales y monasterios, y exhortado á los paganos á abandonar la idolatría. Escribió á los habitantes de Bostro que echaran á Tito, su obispo, como á su delator, porque en respuesta á una carta de Juliano, habia dicho que los cristianos, á pesar de su número, se contentaban con sus exhortaciones; lo que propendia, segun el emperador, á acusar á los habitantes de ser inclinados de suyo á la sedicion. A veces se enviaban soldados para cerrar ó demoler iglesias, y San Gregorio, padre del Nazianceno, tuvo que resistir á un atentado de esta clase, haciéndolo con tanto celo y energía, que el capitán se vió precisado á retirarse sin haber podido conseguir su intento.

No menos aborrecia Juliano á los monges que á los obispos y sacerdotes. Los colmaba de injurias en sus escritos, y hacia alistar á la fuerza á aquellos á quienes su edad no inutilizaba para el servicio de las armas. Habiendo sido arrebatado un discípulo de San Apolonio en los desiertos de la Tebaida, el santo se fué con algunos otros á consolar á aquel en la cárcel, y el centurion dió orden de detenerlos en calidad de presos, con el designio de alistarlos á todos. Pero en medio de la noche un ángel radiante de luz se apareció de repente en la cárcel, cuyas puertas abrió, y al mismo tiempo se sintió en la ciudad un terremoto que destruyó la casa del centurion, pereciendo varios de sus criados. Estos milagros determinaron á los guardias y al centurion mismo á poner en libertad á los solitarios. Cuarenta años hacia que San Apolonio vivia en el desierto, y se hizo célebre por otros muchos milagros, que atrajeron á unos quinientos monges á quienes dirigió (1).

Por mucho que despreciase Juliano á los cristianos, conocia las ventajas que la pureza de sus costumbres, la excelencia de sus máximas y el esplendor de sus virtudes les daban. Quiso, pues, imitarlos y reformar en cierta manera el paganismo por el modelo de las instituciones monásticas. En una carta escrita á Arsacio, Pontífice de Galacia, despues de quejarse de que el helenismo ó la idolatría hacia pocos progresos, añade: "Lo que ha contribuído mas que todo á propagar la impiedad, es la hospitalidad, el cuidado de las sepulturas, la conducta arreglada y la vida pura que los enemigos de los dioses llevan por afectacion. Nosotros debemos practicar todo esto con verdad. Cuidad de que los sacrificadores sirvan á los dioses con toda su familia sin consentir á ningun galeilo; advertidles que no deben ir al teatro, ni beber en las tabernas, ni ejercer ningun oficio vil ó infame, y privad de sus funciones á los que no se conformen con estas reglas. Estableced hospitales en cada ciudad para admitir á los forasteros indigentes.

(1) Ruf. Vit. Patr. cap. VII.—Pallad. Hist. lant.
Tom. I.

He dado orden de que se distribuyan todos los años para este gasto trigo y vino en gran cantidad; pero invitad tambien á los heleenistas á que contribuyan por su parte á esta obra, porque sería vergonzoso dejar sin auxilio á los pobres, mientras que ninguna judío mendiga, y los galileos mantienen á mas de sus pobres á los nuestros." En otra carta vuelve á hablar del mismo asunto, añadiendo otras muchas recomendaciones, copiadas visiblemente de la disciplina de la Iglesia. Quiere que en la eleccion de los Pontífices, en vez de atender al nacimiento ó á la riqueza, sirvan de regla sus virtudes y su beneficencia; que se distinguan por la pureza de su vida, absteniéndose, no solo de las acciones, vergonzosas, sino tambien de proferir ó esenchar palabras deshonestas, ó chocarreras, ó injuriosas, de leer libros obscenos, de asistir á los espectáculos teatrales, y de tener trato con comediantes, bailarines ó otras personas sospechosas. Tambien quiso fundar monasterios ó casas de retiro para hombres y para las doncellas que deseaban consagrarse á la meditacion, y escuelas públicas en que se cuidase de explicar al pueblo los misterios del paganismo y las reglas de las costumbres, á imitacion de lo que se practicaba en las iglesias de los cristianos. Pero no tuvo tiempo de poner por obra estos proyectos ridiculos, y debiera haber conocido su extravagancia á vista del escaso resultado de su celo; porque él mismo confiesa en una carta, que no encuentra apenas una persona que no sacrifique con disgusto: que son pocos los que lo hacen de buen grado, y no saben las reglas de los sacrificios (1).

El principal afán de Juliano fué desterrar el cristianismo de sus ejércitos, y pervirtió á una multitud de soldados, ya por sí, ya por medio de los oficiales de mas categoria. Llegó á dar una ley excluyendo de la milicia á todos los que se negasen á sacrificar; pero no se atrevió á acelerar la ejecucion de ella por no debilitar demasiado su ejército en ocasion de emprender la guerra contra los persas. Recurrió, pues, á la astucia para arrastrar á los soldados á la idolatría; y habiendo resuelto distribuir los premios por su propia mano, segun costumbre, hizo poner al lado de su trono un altar, un brasero é incienso, y ordenó que cada soldado echase incienso en la lumbré antes de recibir su gratificacion. Algunos cooperaron el lazo, y le evitaron renunciando los dones del emperador; otros sucumbieron por miedo ó por avaricia; pero la mayor parte no sospecharon que hubiese malicia en aquella ceremonia. Como despues se quisiese hacerles conocer que habian renunciado al cristianismo de aquel modo, se horrorizaron, y comenzaron á gritar públicamente: "Nosotros somos cristianos, sépalo todo el mundo; no hemos renunciado á Jesucristo; nos han

(1) Jul. Epist. IV, XLVIII y XLIX.—Greg. Naz. Orat. III.—Sozom. lib. V, cap. XVI.

engañado con astucia; pero si nuestra mano ha pecado, nuestro corazón no ha tenido parte en ello." Algunos tuvieron valor de ir hasta palacio para arrojar el dinero que acababan de recibir. El emperador se encolerizó tanto, que les mandó cortar la cabeza, é inmediatamente fueron conducidos al lugar del suplicio. Ya había levantado el verdugo el hacha para descargar sobre el mas joven, llamado Romano, cuando llegó una orden del emperador revocando la pena de muerte. "Ah! exclamó el soldado penetrado de dolor: con que Romano no era digno de llevar el nombre de mártir!" Fueron desterrados á los confines del imperio con prohibicion de habitar en las ciudades. Algunos de los principales oficiales mostraron la misma adhesión á su fe, debiendo citarse entre otros á Jovialio y Valentimiano, que despues llegaron á ser emperadores. El último mandaba obligado á acompañar al emperador al templo de la Fortuna, recibió una gota de agua lustral en su capa, y fué tal su indignacion, que llegó á poner la mano al Pontífice que hacia las aspersiones, y rasgó la parte manchada de la capa. Juliano, irritado vivamente, le desterró so pretexto de que no tenia en buen estado su compania, porque no queria proporcionalrle la gloria de padecer por Jesucristo (1).

Sin embargo, á pesar de esta benignidad aparente, el emperador por sí fué el mártir á muchos, y otra multitud fueron sentenciados á muerte en todas las provincias por orden de los gobernadores y demás magistrados, siempre seguros de que Juliano aprobaria sus violencias, ó cuando mas las condenaria flojamente. Despues de ochó meses de residencia en Constantinopla, y comenzados los preparativos de la guerra contra los persas, se puso en marcha hacia Siria en la primavera del año 362. Al llegar á Cafacia quiso ir á Pessinunte para sacrificar á la madre de los dioses; y condeñó á los tormentos y á la muerte á un cristiano jóven, á quien se acusaba de haber derribado el altar de la diosa; tambien hizo atormentar á otros varios en diversos parages de la misma provincia. El mas ilustre fué un sacerdote de Ancira, llamado Basilio como el obispo; pero de muy diferente creencia. En tiempo de Constancio se habia mostrado el mas firme apoyo de los católicos, y en el de Juliano no cesaba de precaverlos por medio de sus exhortaciones del peligro de la idolatría. Los paganos le aborrecian por su celo, le encarcelaron, y le aplicaron dos veces los mas crueles tormentos; despues le presentaron á Juliano, que le puso en manos de un condote para que de nuevo le atormentase. Metieronle por la espalda puntas de hierro hechas á escua, y espiró en medio de los horrosos dolores de este suplicio.

La ciudad de Cesarea en Capudocia se habia grangeado el odio

(1) Theodor. lib. III.—Sozom. lib. VI.

de Juliano por su adhesión al cristianismo, y sobre todo por la reciente demolición del templo de la Fortuna, único que había quedado en pié hasta entonces. Para castigarla le quitó el título de ciudad y el nombre de Cesarea: despojó á las iglesias de cuantos bienes poseían, muebles é inmuebles: alistó á todos los clérigos en la milicia, y les dió los empleos mas despreciables: sujetó á la contribución de los aldeanos á todos los seglares con sus mugeres é hijos, y los amenazó con los efectos mas terribles de su cólera si pronto no reedificaban el templo destruido. En cuanto á los que habían tomado parte en la demolición, unos fueron condenados á muerte y otros á destierro (1).

Al cabo llegó Juliano á Antioquía á fines de Julio, y permaneció allí hasta la primavera siguiente. No tardó en cobrar aversión á aquella ciudad casi toda cristiana, cuyos habitantes le ridiculizaban con burlas continuas por su porte desaliñado, por la santidad de su barba y por la extravagancia de sus supersticiones. Corría incesantemente de un templo á otro para hacer sacrificios: saludaba cada día el nacimiento y el ocaso del sol con la sangre de las víctimas, y las inmolaba también de noche en honor de los que él llamaba demonios nocturnos. Mandaba buscar aves raras, terrestres y acuáticas, para ofrecerlas á sus dioses, y manifestaba públicamente que estimaba el título de Pontífice tanto como el de emperador. Quería sacrificar y despedazar el mismo las víctimas, y muchas veces se le veía con las manos y los vestidos ensangrentados. Los adivinos, los mágicos y los charlatanes mas despreciables eran recibidos por él con mas distinción que los primeros magistrados: de pronto los trasformaba en hierofantas venerables, y se ocupaba con ellos en examinar curiosamente las entrañas de las víctimas, y en observar el canto ó el vuelo de las aves. No se abochornaba de presentarse en las calles rodeado de infames bufones, de hombres afeminados, de mugeres prostituidas, cuyas vergonzosas indecencias é innobles groserías imitaba por fanatismo, para honrar así á Venus, á Cibele y á otras divinidades de esta clase (2).

Juliano tomó el partido de responder á las burlas de los habitantes de Antioquía con una sátira intitulada: *Misopogón ó el enemigo de la barba*, en la que con ironías á veces insípidas procura burlarse de los defectos y vicios de aquellos, echándoles en cara, entre otras cosas, que se prosternaban ante los sepulcros, y allí hacían plegarias para verse libres de él; lo que es un testimonio muy auténtico del culto de los mártires. Pero antes ostentó su indignación y trató de vengarse de una manera menos filosófica: amenazó á la

(1) Sozom. lib. V.—Greg. Naz. Orat. III.
 (2) Liban. Orat. X.—Greg. Naz. Orat. IV.—Chrysost. Orat. II. in sanct. Babyl.—Ann. lib. XXV.

ciudad con toda clase de malos tratamientos, y sobre todo, no perdonó medio alguno para atormentar á los cristianos. Mandó echar en todas las fuentes licores ofrecidos á los dioses, á fin de contaminar así las aguas, y ademas, hacia rociar con esta todos los comestibles que se vendían en el mercado, para que no pudieran los fieles comer ni beber, sin participar de sus libaciones en algun modo. Dos oficiales de su guardia, Maximino y Juventino, fueron puestos en el tormento y sentenciados á muerte por haber soldado algunas quejas con este motivo. Otros dos, Maximiliano y Bonozo, abandonados de su legión, fueron también atormentados cruelmente, y decapitados al fin por no haber querido consentir en sustituir al Lábaro que se llevaba desde el tiempo de Constantino, las banderas adornadas de ídolos segun había mandado Juliano.

Apenas llegó á Antioquía, pasó al pueblo de Dafne para celebrar la fiesta de Apolo. Esperaba encontrar en el aparato de los sacrificios toda la magnificencia que su entusiasmo supersticioso juzgaba convenir á la solemnidad de aquella fiesta. Pero quedó tan sorprendido como indignado al ver que no había en el templo ni víctimas, ni incienso, ni aun una torta para ofrenda. Preguntó al Pontífice qué iba á sacrificar, y este respondió: "Nada: aquí traigo un ganso de mi casa par ofrecerle al dios." Juliano reprendió severamente al senado, que se mostró mas inclinado á reirse que á aprovecharse de aquel extravagante ímpetu de celo. Durante la misma fiesta tuvo también el emperador la pesadumbre de ver que hasta en la familia del sacrificador se descubría el desprecio de los ídolos. Un hijo de este Pontífice, despues de haber ejercido algunas funciones el primer día, se escapó de Dafne, fué á buscar á una diaconisa que le había exhortado muchas veces á hacerse cristiano, y le rogó que le proporcionase los medios de conseguirlo. Condójele esta á San Melecio, que le ocultó en su casa para instruirle. Habiendo logrado el padre descubrir su paradero, le maltrató con bárbara crueldad sin poder vencer su firmeza, y luego le encerró estrechamente en su habitación para evitar que tuviese ninguna comunicacion con los cristianos. Pero invocando aquel confesor jóyen el nombre de Jesucristo, quedó milagrosamente libre, y pudo escaparse á la Palestina con San Cirilo: despues tuvo la dicha de convertir á su mismo padre, muerto Juliano.

Habia en el pueblo de Dafne una fuente con el nombre de Castalia como la de Delfos, á la que se atribuía igualmente la virtud de revelar lo futuro. Estaba situada lo mismo que el templo de Apolo en un bosque sagrado de mas de tres leguas de circunferencia, todo plantado de mirtos, de cipreses, de laureles y de otros árboles olorosos. Allí, segun los paganos, fué convertida en laurel la niña Dafne que huía de Apolo. Esta fábula amorosa, unida á lo delicioso del sitio, había hecho de aquel lugar un asilo de la disolución. El César Galieno, para purificarle, había mandado llevar á Antio.

quía las reliquias de San Bahilas, y desde entonces habia enmudecido el oráculo. En vano hizo sacrificios y libaciones Juliano que trató de consultarle; no pudo conseguir otra respuesta, sino que no podía hablar á causa de los restos que habia allí cerca. El emperador mandó á los cristianos que se llevaran inmediatamente las reliquias del santo, y las trasportaron á Antioquia al parage donde antes yacian. La pompa religiosa de esta ceremonia y el canto de los Salmos que condeban la adoracion de los ídolos, irritaron tanto á Juliano, que resolvió assigar á los cristianos. No habiendo podido disuadirle Salustio, prefecto del pretorio de Oriente, hizo prender á muchos, y empezó por aplicar al tormento á un joven llamado Teodoro. Aunque el santo confesor estuvo sufriendo las crueldades de los verdugos desde la mañana á la noche, no cesó de repetir con una voz vigorosa el mismo salmo que la Iglesia habia cantado; por lo qual el prefecto, testigo de este heroico valor, manifestó á Juliano que la continuacion de las persecuciones solo serviria para cubrirle de vergüenza (1).

De allí á pocos dias se prendió fuego en el templo de Dalfio y se abrasó todo el techo con los adornos y decoraciones interiores; la estatua de Apolo, que era de madera dorada, quedó reducida á cenizas. Habiéndolo sabido el emperador, mandó dar tormento á los ministros del templo y hasta al mismo sacrificador para descubrir los autores del incendio, que queria imputar absolutamente á los cristianos; pero todas las declaraciones comprobaron que habia comenzado el incendio por la parte superior del edificio; y los habitantes de los alrededores declararon que habian visto bajar el fuego del cielo. Sin embargo, obstinándose Juliano en imputárselo á los cristianos, mandó coger y llevar á su cesero los vasos sagrados de la iglesia mayor de Antioquia, que se cerró despues con todas las demas. Los eclesiasticos se vieron precisados á fugarse; y el presbitero Theodoro, que tuvo valor de quedarse, fue condenado á muerte despues de sufrir largos tormentos.

La execucion de estas medidas se habia encargado al conde Juliano, tio del emperador y apóstata como él; cometió horribles profanaciones en la Iglesia, y quiso insultar los misterios de los cristianos con inobediencias; pero no tardó en ser castigado por sus sacrilegios. Al dia siguiente sintió violentos dolores en las entrañas, y haciendo rápidos progresos la enfermedad, se corrompieron prontamente todas las partes del abdomen, y se cubrieron de una enorme cantidad de gusanos. Empleáronse todos los remedios sin poder aliviar el mal, ni disminuir la infeccion, que se habia hecho insoportable; los conductos naturales se obstruyeron en términos que los excrementos salian por la boca; la ulceracion se extendió á todas partes, y así murió miserablemente á los cuarenta dias

(1) Ruf. lib. I. - Theodor. lib. III.

de los mas atroces padecimientos. Félix, otro apóstata y cómplice de sus profanaciones, habia recibido pocos dias antes el castigo de las blasfemias que habia profetado de repente arrojando sangre por la boca: Dios ostentó su justicia contra otros apóstatas por medio de castigos semejantes. Un presbitero de Antioquia llamado Teotechines, que se quedó ciego, y estaba comido de gusanos; espantó en un acceso de frenesí desde dazándose la lengua con los dientes. A Hevon, obispo, se le abrió una úlcera tan asquerosa, que no encontró asilo donde refugiarse, y pereció abandonado de todo el mundo en medio de la calle (1).

Juliano quiso aparentar que no habia tenido parte en las violencias que se siguieron al saqueo de la Iglesia de Antioquia; y se quejó de que quitaban la vida al presbitero Theodoro, se habia dado ocasion á los cristianos de escribir contra él. Pero si manifestase exteriormente alguna moderacion, satisfacía su encero en secreto. Mandó matar de noche á un gran número de prisioneros, y arrojar sus cadáveres al Oriente para ocultar el páblico su martirio. Tambien se hallaron en los lugares mas secretos de pátidos en los pozos y en los soterráneos, los cuerpos de muchos cristianos perseguidos por la religión, y los de varios niños de ambos sexos, que se descubrieron á lo que se cree, para operaciones mágicas (2).

La presencia de Juliano en Oriente reunió el celo de los paganos en todas las poblaciones. Los de Aretusa en Siria se entregaron á las mas horribles crueldades contra el obispo Marcos, para obligarle á reedificar un templo que habia mandado derribar en el reinado de Constante. Lo arrastraron de los cabellos por las calles sin miramiento á su ancianidad, lo azotaron hasta hacer correr la sangre, le apretaron las piernas con cuerdas, le botaron las orejas, le rasgaron el cuerpo con las puntas de los puñales; finalmente, le imitaron con miel para exponerle á las picaduras de los insectos; pero él sufrió todos estos tormentos con un valor heroico. En Helicopolis, ciudad de la Fenicia, mataron los paganos al diácono Cirilo por haber hecho pedazos algunos ídolos en el reinado de Constantino; llegó el furor de aquellos hasta el punto de abrirle el vientre para arrancarle el higado y comersele. Pero no tardó en caer la justicia divina sobre aquellos monstruos. Se les cayeron todos los dientes á un tiempo, se les pudrió la lengua y perdieron la vista. En la misma ciudad unas vírgenes cristianas fueron expuestas á las miradas y á los insultos del pueblo; despues les abrieron el vientre, les echaron cebada en él, e hicieron que unos cerdos le comieran con las entrañas. La misma refinada crueldad se ejerció con sacerdotés y con vírgenes en Ascalon y en Gaza. Los habitantes de esta última ciudad se apoderaron de tres hermanos cristianos, Eusebio

(1) Theodor. lib. III. - Sozom. lib. V.

(2) Gregor. Nazianz. Orat. III.

Nestabio y Zenon: los arrastraron de los piés por las calles, comiéndolos todos los excesos de una brutalidad feroz: despues les rompieron la cabeza, quemaron sus cuerpos, y mezclaron los huesos con los de los animales que se arrojaban al muladar. El gobernador redujo á prision á los autores principales de estas barbaries; pero Juliano le castigó con destierro. "¿Es un delito tan grande, decia en esta ocasion, aun cuando un amigo de los dioses hubiera muerto á diez galileos?" Entonces se vieron obligados los cristianos en todo el pais, á abandonar las ciudades y los pueblos, para librarse del furor de sus enemigos. A sollicitacion de los habitantes de Gaza, habia Juliano condenado á muerte á San Hilarion y á Hesiquio, su discípulo mas querido. Buscáronle por todo el Egipto donde á la sazón se hallaba, pero la Providencia le libró de sus pesquisas.

Los paganos de Sebaste en Palestia abrieron el sepulcro de San Juan Bautista, quemaron sus huesos mezclándolos con los de diversos animales, y echaron las cenizas al viento. Sin embargo, algunos monges hallaron medio de salvar una parte de estas preciosas reliquias, y las enviaron á San Atanasio, que las escondió á presencia de algunos testigos en el santuario de una iglesia de Alejandria. Otras impiedades semejantes se cometieron en otras muchas ciudades, donde los idólatras, excitados por las órdenes de Juliano, arruinaron los sepulcros y los oratorios de los mártires, quemaron las iglesias ó las consagraron al culto de sus falsos dioses. Habia en Paneades, en las fronteras de la Fenicia y de la Palestina, una estatua de Jesucristo erigida por la muger á quien el Señor curó de un flujo de sangre. Juliano mandó derribarla y poner en su lugar su propia estatua. Pero á poco tiempo la hirió un rayo que rompió la cabeza, y así mutilada subsistió por mas de sesenta años (1).

En casi todas las provincias, los cristianos tuvieron que sufrir de parte de los paganos las violencias á veces mortíferas que inspira el fanatismo animado con la certeza de la impunidad. Eran ultrajados con insultos, con burlas, con blasfemias; y como muchos, cediendo á la indignacion, respondian con injurias y echaban en cara á los idólatras lo absurdo de su culto, éstos, arrogantes con la proteccion del emperador y de los magistrados, pasaban pronto á vias de hecho y cometian brutalidades repugnantes que casi siempre disimulaba la autoridad, cuando no hacia recaer la responsabilidad sobre los mismos cristianos; porque el emperador tenia buen cuidado de confiar los empleos civiles y militares á los enemigos mas encarnizados de aquellos. Los gobernadores y los otros magistrados no tenian reparo en maltratarlos de todas maneras, en exigirles gruesas cantidades de dinero, ó en ponerlos en el tormento; y si los cristianos se quejaban al emperador, éste les respondia con su ironía ordinaria: "El padecer es vuestra herencia: eso es lo que Dios

(1) Sozom. lib. V.—Theodor. lib. III.

os prescribe." En Dorosto de Tracia, unos soldados arrojaron al fuego á Emiliano, porque habia derribado un altar. El gobernador de Mira en Frigia hizo atormentar mucho tiempo y asar en unas patillas á tres cristianos llamados Macedonio, Teódulo y Taciano, que habian roto algunos ídolos, y que prefirieron espirar en tan horrible suplicio antes que consentir en sacrificar. Tambien en Roma hubo muchos mártires hasta de las clases mas distinguidas. Pueden citarse como los mas célebres Santa Biviana, virgen, así como su madre Dafrosa, y su padre Flaviano, que se dice fué prefecto, y sobre todo, los dos hermanos Juan y Pablo que habian desempeñado igualmente elevados cargos, y cuyos nombres se han insertado en el cánon de la misa. En las Galias, un soldado cristiano de nombre Victrico, padeció diversos tormentos por la fé, y por último, le cortaron la cabeza. Habiéndosele caido las cadenas por sí mientras le llevaban al suplicio, nadie se atrevió á ponérselas otra vez, y quedó en libertad. Mas adelante fué nombrado obispo de Ruan, y trabajó con fruto en propagar la fé en las regiones circunvecinas.

A consecuencia de las quejas de los idólatras, Juliano llamó á Antioquia á Artemio, duque de Egipto, que habia contribuido á despojar los templos en el reinado de Constancio, y por este supuesto crimen le condenó á ser decapitado. Así que llegó á Alejandria la nueva de su muerte, los paganos se dejaron llevar de su furor y odio fanático. El falso patriarca Jorge les era odioso hacia mucho tiempo por su avaricia, por sus exacciones y por su tiranía, y acababa de exasperarlos hasta el último punto, exponiendo al público para inspirar horror á estas crueles supersticiones, las cabezas de hombres y de niños que se habian encontrado en una caverna secreta destinada á las operaciones mágicas, á la evocacion de las almas y á los otros misterios abominables del culto de Mithra. Irritados de esta afrenta se precipitaron sobre Jorge, le arrancaron de su iglesia, le arrastraron por la ciudad injuriándole y maltratándole por espacio de un dia entero, y luego le quemaron con el conde Diodoro y Draconio, director de la moneda. Aquel populacho sedicioso quitó la vida al mismo tiempo á una multitud de cristianos mas. Unos fueron muertos á estocadas, á pedradas ó á palos: otros fueron ahorcados, y varios crucificados por desprecio á la cruz. Habiendo sabido Juliano estos bárbaros excesos, aparentó que queria castigarlos; pero se dejó aplacar facilmente, y se contentó con escribir al pueblo de Alejandria una carta atestada de ridículas declamaciones bajo la forma de cargos.

Muerto Jorge volvió San Atanasio á Alejandria, y fué recibido como en triunfo por una multitud innumerable que salió á su encuentro, y que manifestó su júbilo con iluminaciones, festines públicos y toda clase de regocijos. Poco despues celebró con algunos obispos de Egipto un concilio, á que asistieron San Eusebio, de Vercelli y dos diáconos diputados por Lucifer, de Caller. Este concilio

lo mismo sabido, con el consentimiento de los confesores, tomó algunas medidas para remediar los disturbios causados por el arrianismo. Se juzgó que convenia ser indulgentes con los obispos que por sorpresa ó por violencia habian suscrito la fórmula de Rimini. Y como es constante, dice San Goronimo, que no habian sido jamas hereges, se determinó que obtuviesen el perdón y conservasen sus sillas, condenando el error y renunciando á la comunión de los arrianos. En cuanto á los partidarios declarados de la heregia, se conyino tambien en perdonarlos si abjurnaban su impiedad; pero sin conservarles ni en el ejercicio de sus funciones, ni en su categoría eclesiástica. Tratós despues de la doctrina, y condenados que fueron los que negaban la divinidad del Espíritu Santo, se provocaron explicaciones sobre la palabra *hipóstasis*, cuya ambigüedad daba margen á algunas divisiones entre los católicos. En efecto, unos usando esta voz como sinónima de sustancia, no reconocian en la Trinidad mas que una sola hipóstasis, es decir, una sola naturaleza, común é idéntica para las tres Personas; y ya se ha visto que el concilio de Nicea la habia usado en este sentido: otros admitian tres hipóstasis en la Trinidad, porque entendian solamente por esta palabra lo que subsiste en realidad, y querian excluir así el error de Sabelio, que no reconocia en la Trinidad mas que una sola Persona designada con tres nombres diferentes. Las explicaciones que se dieron de una y otra parte, sirvieron para demostrar que á pesar de la diversidad de expresiones se estaba de acuerdo en cuanto al fondo de la doctrina, y se condenaron unánimemente las impiedades de Ario, de Sabelio, de Pablo de Samosata, de los *gnósticos* y de los maniqueos. Tambien se trató del misterio de la Encarnación con motivo de los errores de Apolinario, que comenzaban á difundirse; y al decir que Jesucristo es á un tiempo verdadero Dios y hombre perfecto, y que de consiguiente tomó, no solo un cuerpo, sino una alma humana; se explicó esta doctrina con una claridad admirable; y se confirmó con la autoridad de la Escritura y de la tradición; de modo que se confundió de antemano la heregia de Nestorio. Las decisiones de este concilio fueron aprobadas en casi todas las provincias, y señaladamente por la Iglesia romana. Aun tenemos una carta del Papa Liberio, dirigida á los obispos de Italia, que decreta admitir á los que habian caído en Rimini; con tal que hiciesen profesión de la fé de Nicea, y condenasen á los gefes del arrianismo (1).

El concilio de Alejandría deseaba sobre todo restablecer la union entre los católicos de Antioquia, y escribió para este efecto una carta que llevó San Eusebio, de Vercelli; pero al llegar á dicha ciudad, encontró un nuevo obstáculo para la reconciliacion de los partidos, Lucifer, de Caller, que de vuelta del destierro, se habia di-

(1) Hilar. Frag.—Hieron. Advers. Lucif.

rigido allí, trató de reunir á los eustatianos y á los melecianos bajo un solo obispo, y no pudiendo persuadir á los primeros á que reconocieran á San Melecio, les dió por obispo al presbítero Paulino, que de mucho tiempo atras era su gefe. Así, la division se hizo mas irremediable que antes. San Eusebio, para no confirmarla con su declaracion, se abstuvo de inclinarse á uno ó á otro partido. Pero disgustado Lucifer de que no hubiese aprobado la eleccion de Paulino, se separó de la comunión de Eusebio, deseó los decretos del concilio de Alejandría, y no quiso ni comunicar con los obispos que se habian dejado sorprender de los arrianos, ni aun continuar unido con los que consentian en admitirlos despues de dada una satisfaccion conveniente. Causó, pues, un cisma con este motivo, y halló algunos sectaces que se llamaron luciferianos. De Antioquia, donde residió bastante tiempo, regresó á su Iglesia de Caller, en Cerdeña, donde murió el año 370. San Eusebio por su parte recorrió algunas Iglesias de Oriente, trabajando para afirmarlas en la fé católica, y de allí á poco volvió á Italia, donde encontró á San Hilario ocupado en reconciliar á los obispos que habian firmado la fórmula de Rimini. Unióse á él, y no tardó en restablecerse la paz en aquella provincia mediante el concurso de sus esfuerzos. Así se ve por una carta que los obispos de Italia escribieron entónces á los de la Iliria para informarles de que todos estaban acordes en la profesión del símbolo de Nicea, y para felicitarlos por haber vuelto á las mismas opiniones.

San Atanasio no pudo permanecer mucho tiempo en su Iglesia. Irritados los paganos del celo que mostraba contra la idolatría, le denunciaron á Juliano, el cual dió orden de desterrarle de Alejandría. En vano dirigieron los cristianos una exposicion al emperador pidiéndole les dejase su obispo: respondióles con desprecio que si persistian en su apego á unas quimeras extravagantes, podian elegir otro gefe menos turbulento que Atanasio, y tan capaz como él de mantenerlos en su locura. Al mismo tiempo escribió al prefecto de Egipto que ejecutara la orden que le habia comunicado. Al punto se enviaron tropas para embestir la iglesia episcopal, y apoderarse de San Atanasio; pero logró salvarse, y gracias á su prudencia y al celo de los fieles, tuvo la dicha de eludir las pesquisas de los emisarios que le buscaban para quitarle la vida. La iglesia episcopal fue quemada por los judíos y los paganos.

Los cristianos de Africa no solo tenian que sufrir las vejaciones de los idolátras, sino que estaban expuestos ademas á todas las violencias de los donatistas, que habian conseguido el permiso de Juliano para volver á sus iglesias, y que al ir á tomar posesion de ellas á mano armada, cometieron en muchos parages excesos tan odiosos, que los magistrados se vieron obligados á quejarse al emperador. Aquellos fanáticos mataron ó hirieron á una multitud de personas, hasta niños: hicieron abortar á mugeres en cinta: violaron

virgenes, y mirando como profano cuanto los católicos habían consagrado, rompían los altares y los cálices, y arrojaban á los perros las sagradas hostias.

Los semi-arianos, aprovechándose de la libertad que Juliano dejaba á todas las sectas, congregaron varios concilios en que condenaron á los acacianos, y desecharon la fórmula de Rimini para atenerse á la de Antioquia, que habían confirmado en Seleucia. Los arianos puros por su parte se declararon mas abiertamente de lo que se habían atrevido á hacer en tiempo de Constancio. Elevaron al episcopado al impío Acacio, y en un concilio celebrado en Antioquia, anulaban la sentencia condenatoria que el de Constantinopla había fulminado contra aquel jefe del partido.

Juliano, por un efecto de su odio á los cristianos, protegió á los judíos, é intentó reedificar el templo para desmentir las profecías. Encargó la intendencia de la obra á uno de sus oficiales de mas confianza; y los judíos, alentados por él, concurrieron de todas partes á Jerusalem, á fin de concurrir con su trabajo y sus ofrendas á aquella empresa. Insultaban á los cristianos, y los amenazaban con insolencia, como si hubieran estado seguros de ver restablecido al fin su reino. Pero el santo patriarca Cirilo, que por entonces habia vuelto del destierro, miraba tranquilo aquella tentativa impotente, y consolaba á los fieles, asegurándoles que no tardarian en ver el cumplimiento infalible de las profecías. En efecto, luego que se desmontó el terreno y se excavaron los cimientos, sobrevino de noche un terremoto que arrojó las piedras á larga distancia y destruyó los edificios inmediatos, entre otros, unas galerías donde se retiraban los judíos destinados al trabajo: todos los que se hallaban allí, quedaron muertos entre las ruinas, ó cuando menos estropeados. Los torbellinos de viento se llevaron la arena, la cal y los otros materiales de que se habia hecho grandísimos acopios; y un fuego subterráneo consumió todos los instrumentos que estaban encerrados en un edificio contiguo. Al día siguiente, cuando los judíos acudieron á ver y reparar el desórden de la noche, unos globos de fuego que salian de los cimientos y corrían hácia todos lados, abrasaron á los que se aproximaban. Reptióse el mismo fenómeno muchas veces al día. A la noche inmediata todos los judíos descubrieron en sus vestidos unas cruces que no podían borrar. Tambien se vió en el aire una cruz resplandeciente de luz. Sin embargo, los judíos obstinados, no dejaron de volver varias veces al trabajo; pero siempre fueron rechazados por aquel fuego milagroso; de modo que muchos de ellos y muchos paganos, confesaron la divinidad de Jesucristo y pidieron el bautismo. Este prodigio es atestigüado, no solo por todos los historiadores eclesiásticos, por San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, escritores contemporáneos, sino tambien por Ammiano Marcellino, historiador pagano y coetáneo, cortesano y admirador de Ju-

liano; de modo que seria difícil hallar un hecho histórico apoyado en pruebas mas incontestables (1).

No contento el emperador con perseguir á los cristianos con su autoridad, quiso tambien impugnarlos con sus escritos, y publicó contra ellos una obra, de la que quedan extractos bastante largos en la refutación que hizo de ella San Cirilo de Alejandria. Encuéntrense en este escrito testimonios y confesiones á favor de la religion, tanto mas preciosos, cuanto que infunden menos sospechas. Juliano se ve obligado á reconocer expresamente la realidad de los milagros de Jesucristo, aunque se esfuerza en ridiculizarlos. Testifica tambien que los cristianos habian admitido desde el principio la divinidad de Jesucristo: que daban á la Santa Virgen el título de Madre de Dios: que tributaban culto á los mártires; y que para honrar la cruz, hacian la señal de ella en la frente, y la representaban en la fachada de sus casas.

Tambien quedan varias cartas de Juliano y varios discursos sobre diferentes asuntos, donde se exponen todos los delirios de la filosofía neoplatónica, con la declamación de un retórico y la vanidad de un sofista. Su obra mejor escrita, es el *Discurso sobre los Césares*, que contiene la sátira de los emperadores precedentes; pero en él se encuentran las calumnias mas absurdas contra los cristianos, y una repugnante afectación para denigrar la memoria de Constantino.

Entre tanto, Juliano se preparaba para hacerle la guerra á los persas, y á fin de tener propicios á los dioses, multiplicaba los sacrificios, las libaciones, los votos, las ofrendas y todas las prácticas de la superstición mas extravagante. Sobre todo, prometió abolir el culto cristiano, condenar á los obispos y á los monges á las penas mas severas, y profanar las iglesias colocando en ellas el ídolo de Venus. Habia consultado los oráculos mas famosos, entre otros, los de Delfos, de Delos, de Dodona; y sus respuestas le prometían unánimemente la victoria. Preguntaba á los adivinos, á los augures y á los arúspices: procuraba indagar lo futuro por medio de operaciones mágicas; y despues de su muerte se adquirió la prueba de que no escrupulizaba sacrificar víctimas humanas con este objeto; porque ademas de un gran número de cadáveres y de arcas llenas de calaveras, que se encontraron en los subterráneos del palacio de Antioquia, se descubrió en la ciudad de Carres, en la Mesopotamia, un testimonio nada egífvoco de aquellas prácticas abominables. Despues de haber sacrificado en el templo de la luna, mandó cerrar las puertas con candado, y poner guardias para que nadie pudiese entrar hasta su vuelta. Cuando á su muerte se abrió el tem-

(1) Amm. lib. XXIII.—Socr. lib. III.—Sozom. lib. V.—Theodor. lib. III.—Ruf. lib. I.—Philost. lib. VII.—Greg. Nazianz. Orat. IV.—Chrysost. Orat. adv. jud.—Ambr. Epist. ad Theodos.

plo, se halló á una muger colgada de los cabellos, con las manos extendidas y el vientre abierto.

En la primavera del año 363, se puso en marcha Juliano, á pesar de algunos presagios sinistros que continuaron durante su viaje, y que asustaron á los augures. Pero los soñistas mágicos que le rodeaban, discurrían medios de tranquilizarle con sus explicaciones; y parecía tan confiado en la protección de los dioses y en las promesas de los oráculos, que no quiso admitir los auxilios que varias naciones extranjeras le ofrecían al paso. Al principio consiguió algunas ventajas sobre los persas, les tomó algunas ciudades, avanzó hasta Ctesifonte, y orgulloso con estos primeros triunfos, desechó condiciones de paz muy ventajosas que le propusieron. Sin embargo, su ejército carecía de víveres, y era hostigado continuamente por el enemigo. Una de estas acometidas imprevistas, obligó á Juliano á precipitarse á la vanguardia; y como iba sin coraza, un dardo disparado por un ginete persa, le hirió debajo del brazo, y pasándole los costados le penetró hasta el hígado. Inmediatamente le retiraron de allí; pero sintiéndose un poco aliviado después de puesto el primer aparato, quiso volver al combate; sin embargo, tuvo que retirarse porque se desangraba. Murió á la noche siguiente, el 26 de Junio, á los treinta y dos años de edad, y uno y cerca de nueve meses de reinado, contando desde la muerte de Constantio. Se refiere que antes de morir cogió una porción de sangre de la herida, y la arrojó al cielo exclamando: "Venciste, galileo." Otros dicen que tiró la sangre al sol, echándole en cara, que había protegido á los persas. Los paganos, por el contrario, refieren que murió tranquilamente conversando con sus amigos acerca de la nobleza del alma, y consolándolos con la esperanza que tenía de reunirse á los astros (1).

Varias personas supieron por revelación la muerte del príncipe apostata. San Julian Sabas, famoso solitario del Osroenes, oraba vertiendo copiosas lágrimas en su monasterio, á mas de veinte jornadas del campamento del emperador; de pronto recobró su serenidad, y con semblante tranquilo dijo á sus discípulos que acababa de espirar el enemigo de la Iglesia. De allí á unos dias se supo que Juliano había muerto en el mismo instante que anunciara el santo. Didimo el ciego, célebre doctor de la Iglesia de Alejandría, después de haber pasado el dia en oracion y sin tomar ningun alimento, oyó durante la noche unas voces que le anunciaban la muerte de Juliano. Apuntó el dia y la hora que se le señalaba con precisión, y todas las circunstancias se verificaron exactamente. Tambien se consideró como una especie de predicción, el dicho ingenioso de un gramático cristiano de Antioquia, en respuesta á la burla impía de Libanio. Preguntándole este cierto dia por mofa: ¿Qué

(1) Ann. lib. XXV.—Theodor. lib. III.

hace ahora el hijo del carpintero?—Está haciendo un ataúd, le respondió el gramático.

El cuerpo de Juliano fué conducido á Tarso, en Cilicia, donde había elegido sepultura. Los paganos, segun su costumbre, colocaron á aquel príncipe en el número de los dioses, y le consagraron un templo cerca de su sepulcro. Varias ciudades pusieron su bruto entre los ídolos; y le hicieron plegarias. La alegría de los cristianos fué manifiesta en todo el imperio. El pueblo de Antioquia con especialidad, ostentó la suya con el mas vivo entusiasmo; por medio de acciones de gracias en las iglesias, banquetes y festejos extraordinarios. En medio de este regocijo público, compuso San Gregorio Nazianceno dos admirables discursos sobre la muerte de Juliano, en que trazando un cuadro vivísimo de la persecucion ejercida por aquél, demuestra su injusticia y hace resaltar la extravagancia del plan que había formado de aniquilar el cristianismo. Al mismo tiempo exhorta á los fieles á no usar de represalias contra los paganos; cuyas vejaciones habían tenido que sufrir; sino antes bien á esforzarse por hacerlos mejores, dándoles ejemplo de moderación y de humanidad.

Inmediatamente que murió Juliano, se reunieron los principales oficiales del ejército para la eleccion de emperador; y si se ha de creer á Ammiano Marcelino, todos los votos se fijaron unánimemente en Salustio, prefecto del pretorio de Oriente; pero refusó la púrpura con pretexto de su mucha edad, y sin duda á causa de la peligrosa situacion en que se encontraba el ejército. Entonces se confirió la diadema del imperio á Joviano, comandante de las guardias imperiales, é hijo del conde Varoniano, que gozaba de una consideracion merecida por sus eminentes servicios. Joviano había dado grandes pruebas de valor y de capacidad: no tenia mas que treinta y dos años, y su firmeza, su prudencia, la nobleza de su porte, la franqueza y bondad de su carácter, le habian conciliado la estimacion general. Pero sobre todo, era recomendable por su constancia en la fé. Así es que el dia de su inauguracion, apenas fué revestido de la púrpura y saludado con los títulos de César y de Augusto, declaró á las tropas en su arenga, que no podía mandar á unos soldados que se habian hecho paganos; si persistían en su apostasia; porque semejante ejército, faltó de la protección divina, no tardaría en ser víctima de los enemigos. Levantóse de todas partes este clamor: "Mandareis á cristianos: el reinado de la supersticion ha sido demasiado corto para que borra á de nuestros corazones las instrucciones del gran Constantino y de sus hijos." Esta respuesta llenó de alegría al nuevo emperador, que tomó el mando del ejército; y después de algunos dias de marcha, el rey de los persas contra toda esperanza, le ofreció la paz. Hallábanse los romanos sin víveres en un país devastado, y sin poder resistir mucho tiempo á la superioridad de fuerzas y á las continuas embestidas del enem-

go. Joviano tuvo á dicha ajustar una tregua de treinta años, aun á costa de varias plazas fuertes y de cinco provincias sobre el T'igris.

Libre de este riesgo, fijó al punto su atencion y solicitud sobre el estado de la religion. Anuló todos los edictos que habia publicado Juliano contra los cristianos, y restableció en su vigor todos los privilegios concedidos por Constantino y sus hijos á la Iglesia. Levantó el destierro á los obispos; escribió á los gobernadores de las provincias para que abrieran de nuevo las iglesias cerradas en diferentes puntos; restableció las distribuciones de trigo en favor de los eclesiásticos, de las doncellas y de los pobres; pero solamente por una tercera parte, en razon á la escasez de las circunstancias; en fin, promulgó una ley imponiendo pena de muerte á los que arrebatasen á las vírgenes consagradas al Señor.

Como tenia á San Atanasio por el principal defensor de la fé, le escribió para que le enviase instrucciones claras y exactas sobre el objeto de las disputas renovadas incessantemente por los hereges. El santo patriarca, advertido de la muerte de Juliano por la revelacion de Didimo, salió al instante de su retiro para ejercer otra vez sus funciones, y se apresuró á congregiar un concilio de los obispos del Egipto, de la Tebaida, de la Libia, y en su nombre respondió á la carta del emperador. Le exhortó á que se adhiera inviolablemente al símbolo de Nicea, representándole que la fé de este concilio se apoyaba en una tradicion constante y universal: que la profesaban todas las Iglesias en España, en las Galias, en Italia, en la Grecia, en Africa, en el Asia menor, y en el Oriente, á excepcion de unas cuantas, inficionadas de la heregia de los arrianos; y que las actas de dichas Iglesias, así como sus cartas, daban una prueba auténtica de su creencia. Añadió despues el símbolo de Nicea, con una corta explicacion, en que ponía de manifesto los errores enseñados por los arrianos. La carta de San Atanasio inspiró al emperador el deseo de conocerle personalmente, y á invitacion suya pasó el santo patriarca á verle á Antioquia, donde su presencia podia ser útil á la religion.

En efecto, los sectarios salian solícitos al encuentro del nuevo emperador, y se agitaban mucho para atraerle á su partido. Los semi-arrianos, que comenzaban entonces á tomar el nombre de macedonianos, le enviaron una exposicion para que se les diesen las iglesias de los anomeos, y se mantuvieran las decisiones del concilio de Seleucia; pero el emperador no les respondió, contentándose con decir que detestaba las disputas. Peor aún recibió á los arrianos de Alejandria, que fueron con su gefe Lúcio á renovar las acusaciones contra San Atanasio. Tal era su obstinacion, que insistieron hasta tres veces, aunque el emperador apenas queria oirlos; y como se quejaban de que Atanasio los trataba de novadores y de hereges: "Este es su deber, respondió Joviano, como el de todos los que enseñan la verdadera doctrina."

Por este mismo tiempo congregó San Melecio, obispo de Antioquia, un concilio de veintisiete obispos, entre los que se hallaron algunos arrianos, uno de ellos Acacio, de Cesarea, que creian deber unirse á los católicos, ya por conviccion, ya porque veian al emperador abiertamente declarado contra el arrianismo. Adoptaron el símbolo de Nicea con la palabra consustancial, y el concilio le insertó en la carta sinodal que escribió á Joviano, declarando que la palabra sustancia no debia entenderse en el sentido ordinario de la lengua griega; lo que sin duda añadia para apartar la idea de la confusion de las Personas divinas; pero como empleaba tambien el término *semejante en sustancia*, y no decia nada de la divinidad del Espíritu Santo, esta exposicion de fé, aunque en la realidad católica, fué censurada por los eustatianos, porque favorecia á los somi-arrianos. Tenemos aún un escrito compuesto para impugnarla, con este titulo: *Refutacion de la hipocresia de Melecio y de Eusebio de Samosata*. Por otro lado, Paulino, gefe de los eustatianos, fué acusado de profesar los errores de Sabelio y de Apolinario; y para justificarse suscribió una formula extendida de mano de San Atanasio, en la que se condenan expresamente aquellos errores. San Atanasio queria tambien comunicar con el partido de San Melecio; pero cedió á los consejos de algunas personas prevenidas, que le desviaron de su propósito.

No tardó en volver á Egipto el santo patriarca, y aprovechó la tranquilidad de que entonces gozaba, para visitar las iglesias de la Tebaida alta. Por todas partes recibió las muestras mas tiernas del respeto y del afecto que sus virtudes inspiraban á los fieles. Los obispos y los eclesiásticos de todos órdenes, formaban á su redor una comitiva numerosa: los pueblos salian en tropel á su encuentro con antorchas y hachas, ya para obsequiarle, ya para iluminar el camino; porque el ardoroso calor del clima le obligaba á veces á viajar de noche. Los monges de la congregacion de Tabena se le presentaron á millares cantando himnos; y San Teodoro, su superior, con quien estaba unido San Atanasio en estrecha amistad, quiso tener la brida de su cabalgadura para testificarle su veneracion.

El emperador Joviano partió de Antioquia á fines del año 363, y al llegar á Dadastanes, en los confines de la Bitinia, recibió una diputacion que le enviaba el senado de Constantinopla para felicitarle. Era su gefe Temistio, célebre sofista pagano, que afectó sobre todo en su discurso alabar la tolerancia de este príncipe y la ley que habia dado para establecer la libertad de conciencia; porque la conducta de los paganos en el reinado precedente debia hacerles temer que Joviano quisiese reprimir sus supersticiones; pero su repentino fallecimiento no le dejó tiempo para ello. Se le halló muerto en su cama el 17 de Febrero, habiendo imperado unos ocho meses.

El ejército le dió por sucesor á Valentiniano, que visitó la púrpura en Nicea el 26 de Febrero. Esta eleccion fué una nueva protes-

ta contra las locas tentativas de Juliano para restablecer la idolatría; porque ya se ha visto que bajo el reinado del apóstata fué desterrado Valentiniano por la fé. Era hijo del conde Graciano, que siendo de mediano origen, habia subido por su mérito á la dignidad de prefecto del pretorio; y aunque Valentiniano no era mas que simple tribuno de los legionarios, se habia dado á conocer venturosamente por la precision y penetracion de su entendimiento, por la firmeza de su carácter y por su valor acreditado. Las necesidades del imperio y el voto de los soldados le determinaron á tomar un colega; y deliberando sobre la eleccion, le dijo Dagalaifo, comandante de la caballería: "Si amais á vuestros parientes, á mi, teneis á vuestro hermano, si amais el estado, fijad los ojos en otro." A pesar de esta advertencia eligió á su hermano Valente, y le dió la púrpura un mes despues de su propia eleccion. En la division del imperio se quedó Valentiniano con el Occidente y con la principal autoridad, y dejó á Valente el Oriente menos molestado por los bárbaros.

Aunque Valentiniano habia dado pruebas patentes de su adhesion al cristianismo, no puso ninguna traba al ejercicio del culto pagano, y permitió expresamente á todos seguir la religion que quisieran. Hasta concedió algunos privilegios á los Pontífices idolátras, porque los eximió de las cargas municipales, y les otorgó los honores de que gozaban los que tenían el título de conde. Se propuso como máxima no intervenir en los asuntos puramente religiosos; pero la llevó hasta el extremo de la indiferencia, y aunque personalmente se adhería á la fé de Nicea, no tomó ninguna medida eficaz para oponerse á la persecucion que Valente ejercía en Oriente contra los católicos. Sin embargo, promulgó muchas leyes en favor del cristianismo: levantó la prohibicion que Juliano habia impuesto á los cristianos de regentar escuelas; eximió de la capitation á las vírgenes y á las víndas consagradas á Dios; prohibió á los ministros de justicia que entablaran ningun procedimiento contra los cristianos en domingo; finalmente, recobró para reunirlos al patrimonio imperial los bienes que Juliano habia mandado resutuir á los templos, y renevo las leyes de Constancio y de Constantino contra los sacrificios nocturnos y las prácticas secretas de la magia y del arte divinatoria.

Despues de pasar algunas semanas en Constantinopla, Valentiniano fué á establecer su residencia en Milán, y apenas habia llegado, cuando el obispo arriano Auxencio le dió quejas de San Hilario, á quien acusaba de perturbar su Iglesia; porque en efecto, el santo doctor, agotados en vano todos los esfuerzos para atraer á aquel obispo á la fé de Nicea, habia determinado á una gran parte de los fieles á separarse de su comunión. El emperador se dejó engañar con una profesion de fé equívoca, y prohibió á cualquiera persona que hiciera á Auxencio ninguna imputacion de heregía; pero en virtud de las representaciones de San Hilario, ordenó que

